

# Promotio Iustitiae

## Decreto 4 (1975), “fe y justicia”: preparando su 40 aniversario

### **África**

Antoine Berilengar sj  
Léon de Saint Moulin sj  
Agbonkhanmeghe E. Orobator sj

### **América Latina**

Benjamín G. Buelta sj  
Miguel Cruzado sj  
Alfredo Ferro sj

### **Asia-Pacífico y Australia**

Julie Edwards  
Denis Kim sj

### **Europa**

Luis Arancibia  
Peter Balleis sj  
Norbert Frejek sj  
David Nazar sj  
Frank Turner sj

### **India**

Rudolf C. Heredia sj  
Michael Jeyaraj sj  
Xavier Jeyaraj sj

### **América del Norte**

Peter Bisson sj  
Alfred Kammer sj  
John Sealey





## De la CG 31 a la CG 35: la promoción de la justicia da forma al servicio de la fe

Peter Bisson sj

Provincial Canadá inglés, Toronto

Después del Vaticano II la progresiva incorporación de la justicia en el servicio de la fe de la Compañía ha cambiado la forma de la fe en la que se ha incorporado la justicia. A medida que nuestra implicación en el mundo se desarrolló desde la CG 31 a la CG 35, sobre todo a través del compromiso con la justicia, nuestra propia conciencia de fe o conciencia religiosa adoptó una nueva forma, que el filósofo francés Paul Ricoeur presumiblemente denominaría “segunda *naïveté* (ingenuidad)”.

En la primera *naïveté*, la fe religiosa no necesitaba ser consciente de sí misma. Era sencillamente parte de la vida. Luego llegaron la ciencia moderna y los movimientos modernos de justicia social y emancipación, que se desarrollaron con independencia de las formas religiosas de pensamiento. La secularización distinguió nítidamente entre las formas religiosas de vivir y pensar y las nuevas formas, y en numerosos casos incluso marginó la fe religiosa a la vida privada e interior. La fe religiosa reaccionó a menudo cohibiéndose y adoptando una actitud defensiva o apologética. Luego, en respuesta al Vaticano II, la nueva implicación de la Compañía con el mundo, expresada en la promoción de la justicia, confirmó gradualmente al servicio de la fe –nuestra propia conciencia religiosa– una nueva serenidad, una segunda *naïveté* post-secular.

El camino hacia la segunda *naïveté* comenzó con la CG 31 en 1965 y 1966. Implementando el espíritu de renovación del Vaticano II, la CG 31 dio un enfoque nuevo, más sistemáticamente intelectual a la misión. Puesto que la misión es una de las formas principales en que los jesuitas hablan entre sí sobre la fe, la CG 31 trajo también consigo una aproximación sistemáticamente intelectual a la fe jesuita. A diferencia de otras Congregaciones Generales, la CG 31 no se preocupó demasiado por las normas prácticas para ministerios concretos; en lugar de ello, se interesó mucho más por una noción abarcadora y global de misión, con ayuda de la cual todos los ministerios y la vida de la Compañía pudieran ser pensados en un único concepto. Esta abarcadora noción de misión toma cuerpo mediante las ideas abstractas de prioridades, valores, criterios, orientaciones y directrices globales para una mejor elección de ministerios, aplicables a la totalidad de la misión jesuita y, por consiguiente, a todos nuestros ministerios en el mundo entero. Así, por ejemplo, tal forma de pensar fue la que llevó al P. General Pedro Arrupe a desarrollar sus cuatro prioridades apostólicas para toda la Compañía: reflexión teológica, educación, acción social y comunicaciones sociales. Esta abarcadora y abstracta manera de pensar sobre –y gestionar– la misión era nueva.

Los modos de pensar sobre la misión de la CG 31 abrieron el camino para que en 1974-1975 la CG 32 afirmara que la Compañía necesitaba una “prioridad de prioridades”. Esto, a su vez,

evolució hacia “el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta” (CG 32, d. 4, n. 2). Esta fórmula transformó la promoción de la justicia de un apostolado más entre otros –el apostolado social– en una dimensión de toda la misión jesuita y, por ende, de todo ministerio y aspecto de la vida jesuita. Además, esta fórmula para la misión introdujo la justicia social –que en un contexto occidental secular pertenecía al mundo público y secular– en el mundo privado e interior de la fe. Lo cual convirtió la promoción de la justicia en asunto religioso y la fe en asunto público. La frontera entre la esfera pública secular y el espacio religioso privado interior quedó así rota, permitiendo un nuevo flujo entre las dos áreas.

Este flujo tenía tensiones, que se habían hecho ya palmarias cuando en 1982 se reunió la CG 33. La CG 32 no supo realmente cómo integrar la justicia en la fe, pero sabía que era algo que había que hacer. La CG 33 tampoco supo resolver esta cuestión. En todo caso, no obstante la tentación de desactivar las tensiones separando fe y justicia, la CG 33 las mantuvo unidas en un único decreto: *Compañeros de Jesús enviados al mundo de hoy*.

En 1995, la CG 34 amplió el significado de la justicia del reino con el fin de incluir dimensiones sociales, culturales y religiosas (interreligiosas). En su intento de integrar la justicia en la fe hizo también algo novedoso: se fijó en la experiencia interior de misión de la Compañía. Todos y cada uno de los decretos misioneros de la CG 34 –*Servidores de la misión de Cristo, Nuestra misión y la justicia, Nuestra misión y la cultura, Nuestra misión y el diálogo interreligioso*– tienen una sección dedicada a cómo la Compañía ha experimentado la acción de Cristo en el mundo y ha sido transformada por él a través de la promoción de la justicia en el servicio de la fe. Las Congregaciones Generales 31, 32 y 33 explicaron la misión en términos de las relaciones entre fe y justicia. La CG 34 prolongó esta tendencia con una explicación más compleja de la justicia del reino, pero añadió una reflexión sobre cómo esto es experimentado por la Compañía como una experiencia transformadora de Jesucristo en su misión en el mundo. Con el lenguaje de la experiencia religiosa, la Compañía dejó de mirar fijamente hacia el exterior, al mundo, y pasó a mirar hacia su interior, a las características de su propia experiencia de misión; y ello, además, de un modo autocrítico. En la CG 34, la Compañía prestó atención no solo a *qué* estábamos experimentando a través del compromiso en la misión, sino también a *cómo* estábamos experimentándolo. En esta Congregación General, la Compañía tomó conciencia crítica tanto de sí misma en cuanto sujeto agente como de las características de la acción que llevamos a cabo en nuestras relaciones con Cristo en la misión. La reflexión sobre la misión y, por tanto, sobre nuestra fe continuó poseyendo una dimensión analítica y explicativa, pero también se convirtió en un ejercicio de autoconciencia religiosa, como en el examen o en la revisión de la oración.

En 2008, la CG 35 desarrolló aún más el tema de la conciencia de nuestra propia experiencia religiosa de misión de dos maneras diferentes. Su decreto 2, *«Un fuego que enciende otros fuegos»: redescubrir nuestro carisma*, rebosa lenguaje experiencial y poético; en realidad, no pretendía ser leído discursivamente, sino más bien ser orado. En segundo lugar, la principal síntesis que la CG 35 hace de la misión jesuita no se expresa en un lenguaje abstracto, relacionando unos conceptos con otros, sino más bien en un lenguaje relacional. El decreto 3, *Desafíos para nuestra misión hoy: enviados a las fronteras*, formula nuestra misión como consistente en promover “relaciones justas con Dios, con los demás y con la creación”. Con estos dos elementos, la CG 35 dio un paso más en la apropiación por parte de la Compañía de su identidad como agente de la misión y sujeto de experiencia religiosa a medida que actúa en la misión con Cristo y en Cristo.

¿Cuáles son los elementos de la “segunda *naïveté*” de la conciencia religiosa, tal como son sugeridos por las recientes Congregaciones Generales? El objeto de nuestra preocupación por

la misión se ha dilatado para incluir primero la sociedad humana, luego la creación entera y, por último, todos los objetos del amor salvífico de Cristo. Las Congregaciones Generales nos han invitado no solo a ensanchar nuestro compromiso hacia fuera, sino también a profundizarlo hacia dentro. De este modo, los aspectos sociales, culturales, interreligiosos y naturales (ecológicos) de promover la justicia del reino son también aspectos de cómo nos relacionamos con -o experimentamos a- Cristo en la misión en el mundo. Cuando nos percatamos de esto, la promoción de la justicia pasa a ser de forma más obvia una experiencia religiosa. Percatarnos de cómo nuestra fe y nuestra conciencia religiosa se transforman al dedicarnos a la misión es parte de nuestro servicio de la fe, la meta de nuestra misión. El compromiso con el mundo imprime a nuestra conciencia religiosa un aspecto profético. El compromiso con nuestro mundo interior le imprime un aspecto sapiencial. Allí donde las culturas seculares han hecho difícil para la fe dirigirse a la fe, esta sabiduría de la que hablamos, con su acción profética, permite a la fe dirigirse a la inteligencia y a la buena voluntad. Así, la evolución de la justicia en las recientes Congregaciones Generales ha llevado también a una nueva conciencia religiosa y a un servicio de la fe que puede ser críticos consigo mismos y dueños de sí a la par que humildes, proféticos y sabios.

*Original inglés*  
*Traducción José M. Lozano-Gotor*